

Unamuno y su problemática visión de la familia ibérica

CARLOS A. LONGHURST

King's College London

Hay un dato de la biografía unamuniana poco conocido, salvo naturalmente por los especialistas. Poco después de su nombramiento a la cátedra de griego en Salamanca, Unamuno decidió presentarse al concurso convocado por la Real Academia Española en el que sería premiado el mejor trabajo sobre la gramática y el léxico del *Poema del Cid*. Unamuno se pasó seis meses preparando con entusiasmo un manuscrito sustancioso y tenía grandes esperanzas de alzarse con el premio, por lo que su derrota por Menéndez Pidal debió ser un trago bastante amargo. Desde este momento, Unamuno, que había sido casi exclusivamente filólogo, comienza a apartarse de la filología y a ocuparse más y más de cuestiones metafísicas. Ni siquiera se preocupó por recuperar el manuscrito sobre el *Poema del Cid*, que permaneció olvidado en un sótano de la Real Academia y no fue publicado hasta 1977, ochenta y cuatro años después de su presentación al concurso¹. No obstante, a pesar de que a partir de ese momento renunció a la investigación filológica, la cual había sido su principal actividad erudita hasta los treinta años (incluido su doctorado), el interés de Unamuno en asuntos lingüísticos nunca desapareció, aunque sí adquirió tonos muy distintos, políticos, literarios y religiosos. Su preocupación por la dimensión lingüística en estas esferas a menudo se deja notar, pero su notoriedad en el tema del regionalismo ibérico se debe por supuesto a la percepción de que su actitud es política, centralista y castellanizante.

En su propia región del País Vasco Unamuno sigue siendo hoy, tres cuartos de siglo después de su muerte, una figura controvertida, muy lejos del aprecio universal de que disfruta en el hispanismo internacional, e incluso a veces denunciado por los nacionalistas vascos. Bien es verdad que, aunque orgulloso de ser vasco como nos recuerda en muchas ocasiones, Unamuno deploró los esfuerzos de sus paisanos de revitalizar el euskera y los instó repetidamente a que abandonaran esa vieja lengua de una vez por todas porque, según él, no estaba a la altura del pensamiento moderno. Lo curioso es que Unamuno se había es-

¹ Miguel de Unamuno, *Gramática y glosario del 'Poema del Cid'*, edición de Barbara Huntley y Pilar Liria (Madrid: Espasa Calpe, 1977).

forzado en investigar la lengua vasca y había acumulado una cantidad considerable de información en torno a su historia y morfología. No siempre estuvo en contra del uso del vascuence. En un artículo de 1893, a pesar de sus críticas a la manipulación lingüística, aún pide una labor seria y científica para mejor dar a conocer el idioma vasco². Pero unos años más tarde, en un conocido artículo de 1902 sobre la cuestión del vascuence, rechaza terminantemente la viabilidad del vascuence e incluso la conveniencia de revitalizarlo³. ¿Por qué, pues, llegó a estar en contra del resurgimiento de esta antigua lengua? Creo que la respuesta a esta pregunta hay que buscarla más en el área filológica que en la política. Para Unamuno la lengua está íntimamente ligada al pensamiento: «Es la lengua la que piensa universalmente en nosotros», escribe en una de sus cartas el año antes de su muerte⁴, idea que ha venido repitiendo con variantes a lo largo de su vida. Es más, Unamuno, con evidente exageración, a menudo equipara los dos fenómenos, el de hablar y el de pensar, y lo hace tanto en el caso de individuos como en el de colectivos. Así pues, escribe sin pestañear que «el lenguaje y el pensamiento van indisolublemente unidos, puesto que son en el fondo una sola y misma cosa», de donde saca la conclusión de que «para cada pueblo el mejor idioma es aquél que encarna su pensamiento», una de tantas ocasiones en que repite la idea⁵. De aquí se desprende que una tradición más destacada de pensamiento y cultura necesariamente implica una lengua más eficaz, de mayor potencia. Esto, en parte, es pura cuestión de evolución: las modernas lenguas neo-latinas, por ejemplo, pueden expresar ideas que los romanos no podían expresar. Dado que el euskera había sido, durante toda su existencia, la lengua de un pueblo eminentemente rural, no cosmopolita, su potencial filosófico y científico era limitado, salvo que se desarrollase repentinamente con una rapidez inusual, pero esto es algo que una lengua sólo consigue mediante referencia a otras lenguas más desarrolladas. Esto es precisamente lo que los nacionalistas vascos intentaban hacer, poner el euskera a la altura de otras lenguas europeas, y esta empresa es justamente a la que Unamuno ponía reparos: «Casi todo (no todo) el vascuence escrito es mentira», le escribía en 1890 a su amigo Pedro Múgica, otro filólogo de Bilbao que se había trasladado a Alemania⁶. Para Unamuno, el euskera contemporáneo se estaba convirtiendo en una construcción política, y esto, para un filólogo que había estudiado las raíces de la lengua vasca y de mu-

² «Sobre el cultivo del vascuence», *Obras completas*, 9 vols. (Madrid: Escelicer, 1966-71), pp. 189-200. No obstante Unamuno ya se había referido antes a la inferioridad expresiva del vascuence en comparación con el castellano («más pobre, más oscuro, más embarazoso») en una carta, no fechada pero probablemente de 1890, a Pedro de Múgica. Ver *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larráin (Santiago de Chile: Zig-Zag S.A., 1965), p. 111.

³ «La cuestión del vascuence», *Ensayos*, 2 vols., 4.^a edición (Madrid: Aguilar, 1958), I, pp. 379-406.

⁴ Carta a Doña Ría Schmidt-Koch del 4 de marzo de 1935, reproducida en *Miguel de Unamuno. Epistolario americano (1890-1936)*, edición de Laureano Robles (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1996), pp. 560-561.

⁵ «La cuestión del vascuence», pp. 379-406 (p. 384).

⁶ *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno*, recopilación y prólogo de Sergio Fernández Larráin, p. 92.

chas otras, era poco menos que un crimen de lesa filología. Reconstruir un euskera que estaba en decadencia partiendo del castellano, la lengua natural de la población alfabetizada, y disfrazando el nuevo léxico mediante una ortografía no castellana, carece de sentido, argüía Unamuno. Se intentaba conseguir que las palabras castellanas pareciesen vascas cambiando la ortografía a una de aspecto vasco, pero este proceder hacía que la lengua vasca dejase de ser vasca. La conclusión de Unamuno no podía ser más brutal: «El vascuence se muere y no se logrará resucitarlo con certámenes ni cátedras»⁷.

Con su actitud derrotista Unamuno escandalizó a muchos de sus paisanos vascos, que vieron en su falta de aprecio por el euskera una especie de traición, pero yo pienso que en la situación de 1900 su análisis era perfectamente realista, aunque expresado con dureza. En la construcción de la nueva España (nueva a diferencia de la de la Restauración) deseada por Unamuno y muchos otros intelectuales de la época, el euskera era dispensable. El fenómeno que, al parecer, Unamuno no supo evaluar correctamente, aunque lo temía, era la creciente influencia del movimiento secesionista, que tenía una necesidad imperante del idioma vasco y su estatus prerromano para legitimar su reivindicación de nación distinta al resto de España. Pero en cambio tal vez llevaba razón Unamuno cuando denunciaba al euskera que comenzaba a construirse como una lengua excesivamente artificial, adulterada⁸. Pero esto, repito, es ver el fenómeno desde una perspectiva filológica bastante tradicional, es ver la nueva lengua vasca como una especie de esperanto, del cual Unamuno también se burló en más de una ocasión.

La cuestión del catalán era mucho más complicada, tanto que los estudios parciales que se han hecho de la relación de Unamuno con Cataluña, su lengua y sus habitantes aún no han agotado el tema. Verdad es que en Cataluña había distintas variedades de la lengua autóctona, lo cual no favorecía su estabilidad. Pero en 1900 los catalanes tenían algo de que los vascos carecían: una literatura conocida y floreciente. Precisamente una de las razones por la que Unamuno favorecía el uso del castellano en el País Vasco es porque el euskera, según él, no había producido una literatura característica⁹. Ahora que había escritores vascos que escri-

⁷ «La cuestión del vascuence», p. 404.

⁸ Jon Juaristi ha dicho algo parecido sobre el vasquismo moderno. Ver su obra *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca* (Madrid: Taurus, 1998 [1.ª edición 1987]). Naturalmente hay que recordar que los «centralistas» estaban haciendo lo propio, y que la invención castellana de «lo español» o castizo es tan artificial como la invención de lo vasco. Hace mucho tiempo Julio Caro Baroja, en un brillante ensayo, demostró con gran agudeza cuán larga y engañosa era la historia de la construcción de la identidad nacional. Ver Julio Caro Baroja, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo* (Madrid: Seminario y Ediciones, 1970), pp. 71-135.

⁹ Unamuno subestimaba los libros escritos en lengua vasca, aunque es verdad que muchos estaban olvidados. Una cantidad significativa ha sido localizada recientemente en archivos franceses y se ha vuelto a publicar, aunque por supuesto no se puede comparar con la literatura en catalán. Para obras en euskera, especialmente teatro, ver Patricio Urquiza Sarasua, *Teatro popular vasco. Manuscritos inéditos del siglo XVIII. Estudio y edición* (Madrid: UNED, 2007), y del mismo autor *Zuberoako irri-teatroa. Recueil des farces charivaresques basques* (Baigorri: Izpegi, 1998), y también *Historia de la literatura vasca* (Madrid: UNED, 2000). Hay información útil en el portal de internet www.basqueliterature.com.

bían en castellano Unamuno creía discernir los comienzos de una expresión y estilo vascos. Esto es justo lo que le resultaba atrayente en el caso de la literatura de Hispanoamérica, sobre todo la de Argentina, como el *Facundo* de Sarmiento: que era literatura española pero nada castellana, porque la mentalidad que reflejaba era muy otra. En el caso de Cataluña la actitud de Unamuno resulta ambigua. Es muy positiva en algunos aspectos. Unamuno siente una enorme admiración por el renacimiento literario de Cataluña, algo que resulta aun más sorprendente a la luz de su pobrísima opinión de la literatura castellana del siglo XIX. Es Cataluña, no Castilla, la que había producido «el poeta más grande que ha tenido España en todo el siglo pasado y uno de los más grandes, de los verdaderamente grandes, de todos los siglos y todas las tierras»¹⁰. Se trata de Jacint Verdaguer. Y el poeta viviente más grande de España era otro catalán, Joan Maragall. En su crónica sobre Cataluña para *La Nación* de Buenos Aires, Unamuno incluye a varios otros escritores catalanes que le merecen mención, y es precisamente la producción literaria de Cataluña lo que le hace referirse al catalán como un «idioma glorioso». El catalán, según Unamuno, también tenía una ventaja sobre el vasco: su cosmopolitismo. Mientras que Bilbao hablaba en castellano, Barcelona hablaba en catalán. Aunque Unamuno ridiculizaba la tradición española de los Juegos Florales porque fomentaban una poesía estilizada, ampulosa y carente de sentimiento verdadero, hizo una excepción en el caso de Cataluña porque veía en estas manifestaciones literarias una forma de cumplir la necesaria función de «afirmarse el alma colectiva, de buscar su personalidad», según dijo en una conferencia pronunciada en Valladolid en 1915¹¹. Tal vez por esta razón Unamuno se encontraba más a gusto en Barcelona que en Madrid. Para él Barcelona era una ciudad cívica mientras que Madrid era sólo corte. Barcelona «es hoy el modelo de ciudad española, [...] donde se está formando una ciudad en toda la extensión moral de este vocablo»¹². No obstante, a pesar de su ilimitada admiración por ciertos escritores catalanes y por el vigor de las letras catalanas, Cataluña no era ningún lecho de rosas, y su integración en una España emergente no dejaba de ser problemática.

En primer lugar Unamuno detectaba en ese resurgir de la literatura catalana un cierto elemento artificial, ya que muchas obras se compraban por razones puramente nacionalistas y no por amor a la literatura. En segundo lugar, el sentimiento nacionalista era aun más insidioso, ya que alentaba a los catalanes a poner consideraciones de índole política por encima de consideraciones de índole moral como la libertad de conciencia y expresión. Para Unamuno, la política nacionalista catalana se nutría más de la aversión por lo castellano que del amor a lo catalán. En tercer lugar, Unamuno creía detectar cierto grado de incompreensión mutua entre catalanes y castellanos: si el resto de España tiene un conocimiento muy pobre de Cataluña y emite juicios erróneos, los catalanes tienen un

¹⁰ Carta a *La Nación*, Buenos Aires, noviembre de 1906. Reproducida en *Miguel de Unamuno. Epistolario americano (1890-1936)*, pp. 260-263 (p. 261).

¹¹ «Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes», *Obras completas*, 9 vols. (Madrid: Escelicer, 1966-71), IX, pp. 317-331 (p. 321).

¹² «La civilización es civismo», *Ensayos*, II, pp. 437-444 (p. 443).

conocimiento aun peor del resto de España y la juzgan aun más duramente, escribe Unamuno en 1902 en un artículo para *La Nación*¹³. Unamuno desde luego no pide el abandono de la lengua catalana como sí lo pide en el caso de la lengua vasca. Pero en cambio recuerda a sus lectores catalanes que en términos culturales el catalán ha sido una lengua poética, y que en el campo de la ciencia la contribución catalana se ha hecho a través del castellano. Unamuno parece haber sido muy consciente de la necesidad de que el castellano mantuviese una presencia en Cataluña para que no se perdiese la integridad territorial de España, y para ello hace una interesante concesión: hay catalanes, explica, que piensan que el castellano de Cataluña es un dialecto y no un castellano puro: pues bien, ¿por qué no desarrollar esta versión del castellano e integrarla en la lengua común? Nosotros los vascos, añade, tenemos nuestra forma propia de utilizar el castellano y no tenemos intención alguna de abandonarla¹⁴. Curiosamente Unamuno repite esa misma idea cuando se refiere a un escritor gallego que escribía en castellano. Sobre el gallego Unamuno tuvo poco que decir, pero en cambio se refirió a Valle-Inclán como el mejor ejemplo de lo que un escritor peninsular no castellano podía conseguir en esta lengua. Valle había conseguido forjarse una expresión original y personalísima no por haber recurrido al gallego sino por utilizar el castellano que había oído en Galicia en su niñez y adolescencia. Para Unamuno ésta era una forma de expresarse mucho más auténtica que el gallego libresco y académico que pretendían reconstruir los nacionalistas. Lo que para él era genuinamente gallego del español de Valle era el movimiento ondulante de su prosa, su ritmo, su acentuación, su sintaxis «con más arabescos que grecas», era en resumen el «alma galaica» que encerraba su castellano, «mucho más galaica y mucho más alma que la de ese gallego en formación de los galleguistas»¹⁵.

Como vasco exiliado que vivía en una ciudad fuertemente tradicional del norte de Castilla, Unamuno llegó a comprender y a simpatizar con los modos y hábitos del campesinado de la región y de las clases urbanas modestas, en quienes veía actitudes y formas de vida bien diferentes a las de la corte, pero a pesar de ello Unamuno nunca abandonó su filiación vasca, su conciencia de que no era castellano, como a menudo nos recuerda. Cómo reconciliar su arraigada identidad vasca con su adoptada perspectiva castellana era un problema, problema que reflejaba en miniatura el gran problema de España, y que Unamuno intentó resolver filológicamente, es decir, mediante sus ideas sobre la lengua.

Lo que tenían en común los territorios de España y de Hispanoamérica era la lengua de Castilla, y esto es lo que Unamuno defendió apasionadamente como

¹³ Ver *Epistolario y escritos complementarios Unamuno-Maragall* (Madrid: Seminario y Ediciones S.A. 1971), p. 98. Hay edición anterior con título ligeramente distinto: *Unamuno y Maragall. Epistolario y escritos complementarios* (Barcelona: Edimar S.A., 1951); el extracto en cuestión aparece en las pp. 111-112.

¹⁴ Sobre el uso del castellano en Cataluña puede consultarse el artículo de Ana Sawicka, «La polémica de Miguel de Unamuno con sus correspondientes catalanes sobre el uso del castellano», *Miscelánea de literatura española y comparada. Homenaje a Roberto Mansberger Amorós*, Estudios Hispánicos Vol. XII (Wroclaw: Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, 2004), pp. 205-215.

¹⁵ «El habla de Valle-Inclán», *Obras completas*, III, pp. 1246-1248 (p. 1247).

esencial vínculo de la comunidad hispana. No debemos olvidar que el concepto de comunidad está profundamente arraigado en Unamuno, como observamos en su idea de crearse una comunidad de lectores, o una comunidad basada en la religión, lo cual por otra parte tiene también su vertiente filológica, ya que etimológicamente religión proviene de *religare*, atar, vincular, reunir, lo que los modernos sociólogos han dado en llamar *religación*¹⁶. La lengua tiene, pues, un efecto vinculatorio. Al mismo tiempo Unamuno no podía negar que los distintos territorios que utilizaban el castellano diferían entre sí culturalmente en diversos aspectos (o como Unamuno gustaba de decir, en formas de pensar), y la cultura se expresa primordialmente a través del lenguaje. Por lo tanto el castellano, para Unamuno, no podía ser una forma de expresión única y homogénea, sino que tenía que ser capaz de expresar un surtido de experiencias culturales e históricas bastante heterogéneo. Castellanos, catalanes, vascos, gallegos, argentinos, peruanos, mexicanos. etc., tendrán en común una gramática, una sintaxis, y en gran medida hasta un léxico, pero cada territorio tiene su peculiar forma de emplear la lengua castellana, algo que lo distingue de los demás. Unamuno no sólo acepta esta situación sino que insiste en que el español, lengua de la familia hispánica, es capaz de dar cabida a diversas formas, cada una válida y con rasgos diferenciados, que enriquecen el conjunto. Unamuno aplaude la identidad local a la vez que recalca la raíz común. Como ha escrito el crítico unamuniano Stephen Roberts refiriéndose al concepto de hispanidad, «Diferenciación e integración, divergencia y convergencia, por lo tanto, son las claves de la comprensión unamuniana de los vínculos culturales entre España e Hispanoamérica»¹⁷.

Aquí es donde se ubica la respuesta unamuniana a aquellos separatistas ibéricos que se sentían oprimidos lingüísticamente por la preponderancia del castellano. Y es algo que Unamuno repite en distintas ocasiones, y no sólo para beneficio de los separatistas sino sobre todo para que le oigan los castellanos intransigentes que creían en una integración centrípeta: «¿Y es que [Castilla] —pregunta Unamuno—, pues que su lengua se extiende a dilatados países y se hace la lengua hispanoamericana, puede pretender monopolio de su casticidad o hegemonía en ella?» Y su respuesta es categórica: «¡No!»¹⁸. Es más, Unamuno reserva sus más acerbas críticas lingüísticas al español que se escribía en Castilla durante la Restauración, al cual calificó de rancio, manido, ampuloso, sobran de palabras y falta de ideas, lengua de conquistadores, leguleyos y teólogos dogmáticos. Para él, el ideal hubiese sido una única lengua universal, y para el mundo hispánico una única lengua, la española, no un «castizo castellano» sino «una integración de hablas diferenciadas»¹⁹, idea que a algunos les parecerá una total paradoja, pero que para Unamuno dejaba abierto el camino a lo que él llamaba la «americanización del castellano», anhelo que se explica por su

¹⁶ Sobre el concepto de comunidad en Unamuno hay páginas imprescindibles en el libro de Stephen Roberts, *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2007).

¹⁷ Stephen G. H. Roberts, «Hispanidad: El desarrollo de una polémica noción en la obra de Miguel de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, Vol. 39 (2004) pp. 61-80 (p. 73).

¹⁸ «Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes», p. 327.

¹⁹ «Contra el purismo», *Ensayos*, I, pp. 407-421 (p. 410).

admiración hacia escritores latinoamericanos como el peruano Ricardo Palma y el uruguayo Zorrilla de San Martín.

Para Unamuno por lo tanto el castellano era un idioma que podía satisfacer las legítimas aspiraciones de catalanes, vascos y gallegos a una cultura autóctona y diferenciada, lo mismo que lo había hecho en el caso de los diversos países de Hispanoamérica. Esta postura de Unamuno de cara al castellano me parece discutible —sobre todo en su implícita comparación de la situación hispanoamericana con la peninsular— aunque no insostenible. Pero es cuando llegamos a la actitud de Unamuno hacia Portugal que más claramente observamos sus maniobras y cambios de dirección a medida que trata de apelar al espíritu de solidaridad de la centrífuga familia ibérica. Es bien sabido que Unamuno fue un lusófilo entusiasta. Desde su relativo aislamiento provinciano en Salamanca hacía frecuentes incursiones en el país vecino y se enamoró del lugar y de la gente; precisamente en 1914 el gobierno de Eduardo Dato se aprovechó de una de esas ausencias periódicas de Unamuno en Portugal para destituirle de su rectorado de la forma más cobarde y vergonzosa. No deja de ser significativo que de los dos amigos más admirados por Unamuno uno fuese catalán, Joan Maragall, y el otro el poeta portugués Guerra Junqueiro, a quien describió como uno de los más grandes poetas de su época. El poema de Junqueiro *Pátria* (1896) era para Unamuno uno de los más grandes poemas no ya en portugués sino en cualquier lengua, y lo interesante es comprobar por qué: «Guerra Junqueiro acaso nunca ha llegado a mayor intensidad poética que en su poema *Pátria*, grito de indignación y de sinceridad que le arrancó la vergüenza de Portugal»²⁰. Del libro de Teixeira de Pascoaes *As sombras* (1907) escribió Unamuno: «Un libro [...] de hondísima poesía y un libro hondamente portugués. Y, por serlo, hondamente universal»²¹. De otro escritor, también favorito suyo, el poeta Eugenio de Castro, escribió: «*Constança* (1900) es su obra más profundamente portuguesa, aquella en que su alma ha conseguido vibrar más al unísono con el alma de su pueblo»²². Después de Cervantes, tal vez el novelista preferido por Unamuno fuese Camilo Castelo Branco: «*A mulher fatal* [...] es uno de los libros más profundamente portugueses y más trágicos. [...] Esa novela con *Amor de perdição* y *A queda dum anjo* son tres de las más grandes novelas ibéricas»²³. Para Unamuno Castelo Branco era más auténticamente portugués que Eça de Queiroz; y cita un comentario de Guerra Junqueiro en que éste dice que «Camilo es ibérico, no ya portugués, y acaso más español que no portugués». A lo que añade Unamuno que «Camilo refleja no algo privativo del alma portuguesa, sino lo que ésta tiene en común con el alma española; refleja el alma ibérica»²⁴.

Alma ibérica; eso es lo que iba buscando Unamuno, utilizando un sustantivo que se convirtió en un tópico en los primeros años del siglo XX, cuando por reac-

²⁰ «A propósito de José Carducci», *Ensayos*, II, pp. 1165-1173 (p. 1168).

²¹ «*Las sombras* de Teixeira Pascoaes», *Por tierras de Portugal y España, Obras completas*, I, p. 199.

²² *Por tierras de Portugal y España*, p. 183.

²³ Carta al profesor Warren Fite (traductor de *Niebla*) de la universidad de Princeton, fechada el 19 de noviembre de 1928. Reproducida en *Miguel de Unamuno. Epistolario americano (1890-1936)*.

²⁴ «Malhumorismo», *Ensayos*, II, pp. 603-610 (p. 604).

ción contra el materialismo positivista de la segunda mitad del XIX, los jóvenes escritores —y los no tan jóvenes como el Galdós veterano y la Pardo Bazán de la madurez— buscaban la dimensión no material del universo humano. Del siglo XIX Unamuno siempre tuvo a los escritores románticos ingleses entre sus favoritos, y sin embargo estos no le conmueven tan profundamente como consigue hacerlo un poeta portugués: «Si quieres ver combatir el instinto de conservación con el de perpetuación, o la razón contra la fe, lee los sonetos de un hombre extraordinario, que si no fue precisamente español, en el sentido estrechamente geográfico de este vocablo, fue peninsular, portugués; lee los sonetos de Antero de Quental»²⁵. En el campo de la historiografía uno de los escritores que más influyó en Unamuno fue el británico Thomas Carlyle, y sin embargo el historiador para quien conserva los mayores elogios es el portugués Oliveira Martins, cuya *História da Civilização Ibérica* (1879) fue descrita por Unamuno como probablemente el mejor análisis que jamás se hizo del alma ibérica, y cuya «maravillosa» *História de Portugal* (1879) despertaba en el lector un interés más profundo incluso que las novelas de Eça de Queiroz²⁶. No nos sorprende por lo tanto que describiera a Oliveira Martins como «un historiador de imaginación y de filosofía. Un gran psicólogo»²⁷.

Si me he excedido en los comentarios unamunianos sobre sus escritores portugueses favoritos es porque ponen de relieve una idea común y constante. Y no es que Unamuno tuviese una idea ingenua o sentimental de Portugal. Sabía perfectamente bien que la mayoría de los portugueses eran analfabetos y que el índice de mortalidad causada por la tuberculosis era horrenda. Y además no le gustaba en absoluto la tendencia de los portugueses cultos de buscar en Francia el modelo de liderazgo intelectual y artístico, lo mismo que no le gustaba esa misma tendencia en los países hispanoamericanos. Pero ese mismo retraso de la nación portuguesa hacía aun más notable la calidad y hondura de la producción literaria portuguesa. Fue el estado lastimoso de su país lo que provocó ese grito de vergüenza, protesta y dolor que es el poema *Pátria* de Guerra Junqueiro, algo que hizo mella en Unamuno. Resulta hartó fácil, se quejaba Don Miguel, para un país como Francia el hacer alarde de su cultura y sus escritores y pasar por alto los de naciones menos favorecidas. «Recuerdo la cómica sonrisa de un amigo mío —cuenta Unamuno— cuando le dije que Oliveira Martins, el portugués, había sido uno de los más grandes historiadores artistas del pasado siglo, tan grande como Michelet o Taine, o Macaulay, o Carlyle, y que Camilo Castelo Branco es un novelista tan grande como los más grandes de Europa. «¿Un portugués? —parecía callarse—. ¿Un portugués? ¡Cualquier cosa!»²⁸ La anécdota resulta elocuente. Castilla y Portugal eran dos naciones empobrecidas y retrasadas, y sin embargo Portugal, la más pequeña de las dos, había producido varios grandes escritores en el siglo XIX, aunque hubiese gente que lo ignorase por puro prejuicio. Unamuno tenía una opinión muy pobre de la literatura castellana del

²⁵ «Sobre la filosofía española», *Ensayos*, I, pp. 553-567 (p. 563).

²⁶ «Taine, caricaturista», *Ensayos*, II, pp. 1157-1163 (p. 1163), e «Historia y novela», *Ensayos*, II, pp. 1205-11 (p. 1207).

²⁷ Carta a Alberto Nin Frías, fechada el 30 de julio de 1908. Reproducida en *Epistolario americano (1890-1936)*, p. 307.

²⁸ «El pedestal», *Ensayos*, II, pp. 653-662 (pp. 659-660).

siglo XIX, y sin embargo una opinión muy alta de la portuguesa de la misma época. Y lo que halló en la literatura portuguesa, como indican los comentarios que ya hemos visto, es fidelidad a las raíces ibéricas. Ahora bien, los portugueses, al contrario que la mayoría de vascos, gallegos o catalanes, no tienen el español ni como lengua materna ni como primer idioma común. Por lo tanto el argumento que ha utilizado Unamuno para las regiones españolas —que los habitantes son capaces de expresar sus ideas y sentimientos en castellano— no le sirve en el caso de Portugal. En vez de ello Unamuno se decanta por el lado de la actitud vital o *weltanschauung*. Lo que reivindica para los autores portugueses a quienes admira es su sentido de lo ibérico, el hecho de que encarnan una forma de pensar comparable a la de los españoles de antaño. Así pues, Guerra Junqueiro es «el gran poeta portugués, o mejor ibérico»²⁹. Unamuno no nos explica por qué esto es así; no nos dice si se debe, por ejemplo, a un ambiente común o a la proximidad de Portugal a Castilla, o del idioma portugués al castellano, más cercano que el catalán y muchísimo más que el euskera. Lo que queda claro es que, para Unamuno, Portugal es culturalmente parte íntegra de la familia ibérica, y que su retraso socioeconómico no ha disminuido su capacidad de expresar su arraigado espíritu ibérico. Este espíritu ibérico es lo que Unamuno quiere ver en todos los grandes escritores de la península. Así, por ejemplo, Joan Maragall, el poeta más grande de su época, se expresó en catalán pero «llegó a las comunes entrañas ibéricas a través del alma de su Cataluña. A fuerza de catalán, era honda, íntima, entrañablemente español»³⁰. En ese caso, ¿por qué no también Guillermo Shakespeare, Roberto Browning, y Carlos Dickens, como los llamaba Unamuno?

Es bien sabido que de joven Unamuno sufrió la influencia de Wundt y su *Volkerpsychologie*, la idea de que un pueblo o comunidad étnica desarrolla su propia y característica manera de pensar, idea que aún se refleja en el ensayo de 1895 *En torno al casticismo*. Pero para 1900 Unamuno ya estaba reaccionando contra toda doctrina con saborcillo a positivismo, y particularmente contra las ideas de Herbert Spencer e Hippolyte Taine, y sustituyendo esa primera orientación con otra que buscaba las raíces más exclusivamente espirituales en la formación de un pueblo o comunidad. Diez años después de *En torno al casticismo* Unamuno publica su *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), y aquí ya se ve claramente que la grandeza de la obra cervantina está en que recoge y encierra el alma castellana. Creo que la única forma de explicar este noción unamuniana de que una obra literaria capta el sentir vital de un pueblo es a través de su idea de la lengua. Según Unamuno, «la lengua lleva [...] el sedimento de los siglos, el más rico aluvión del espíritu colectivo»³¹. La lengua, construcción social, es depositaria de la experiencia acumulada de un pueblo³². El escritor auténtico es aquel que siente el

²⁹ «En memoria de Guerra Junqueiro», *Obras completas*, IV, p. 1349.

³⁰ *Epistolario y escritos complementarios Unamuno-Maragall*, p. 141.

³¹ «La fe», *Ensayos*, I, pp. 259-272 (p. 260-261). La idea no era nueva. Unamuno la tuvo que ver en Herder, en Wilhelm von Humboldt, en Friedrich Schleiermacher y en otros filólogos decimonónicos.

³² El tema ha sido explorado con gran perspicacia y claridad por Stephen Roberts. Ver su artículo «Unamuno, Spanishness and the Ideal Patria: An Intellectual's View», *Journal of the Institute of Romance Studies*, Vol. 8 (2000), pp. 125-136.

impacto del espíritu colectivo que encierra la lengua, y que sabe captarlo, amplificarlo y reflejarlo en su obra. De esta forma el escritor se convierte en instrumento de una civilización, intérprete y promotor de una personalidad colectiva. Pero aquí es donde Unamuno da con el escollo, y donde la incomodidad de su postura de cara a las diversas lenguas peninsulares se hace evidente.

Tras evolucionar hacia una posición de franca hostilidad hacia el cientifismo de la Europa más avanzada, Unamuno llegó a considerar la península ibérica como un baluarte de valores espirituales en un mundo excesivamente materialista, valores que eran no sólo los puramente religiosos sino que abarcaban aquellos que veían en el ser humano algo más que una presencia materialista en un universo igualmente materialista. Prácticamente toda la obra de Unamuno a partir de 1900, incluida su obra novelesca, está imbuida de esta actitud anti-materialista y del rechazo de toda explicación racionalista en el sentido estrecho de la palabra. Todo lo concerniente a las teorías de corte positivista es desechado; lo único que Unamuno retiene del pensamiento decimonónico es la filología y la hermenéutica, siendo ésta fruto de la exégesis bíblica que tanto le interesó³³. Su enfoque del problema de las regiones españolas revela una perspectiva montada sobre la idea de que la lengua es el rasgo más característico de una comunidad y encarna su forma de vida, y que esta forma de vida o pensamiento vital está a su vez encarnada en su literatura. La forma ibérica de concebir la vida —y Unamuno incluía aquí a Portugal e Hispanoamérica— era propia y distinta (sobre todo distinta de la francesa). Unamuno habla de «realizar la integración espiritual española»³⁴. Pero el problema con Iberia es que tiene cinco lenguas (por no hablar del mallorquín, valenciano y asturiano), y la integración de esta pluralidad lingüística del territorio no le resulta nada fácil. Evidentemente Unamuno buscaba la solidaridad de las distintas comunidades ibéricas, no sólo como baluarte contra una Europa materialista sino también contra el peligro de la secesión nacionalista de las regiones peninsulares. Siendo el castellano la lengua de mayor divulgación, y además con un legado cultural reconocido mundialmente, se comprende que Unamuno quisiera convertirla en la lengua de toda una España resurgente. Al mismo tiempo, su creencia en la lengua como depositaria de valores perdurables, la idea de que cuando de niños aprendemos una lengua estamos heredando las formas de pensar relacionadas con esa lengua, todo ello significaba que las lenguas minoritarias de Iberia no podían ser descartadas sin más. Ellas también encarnaban una tradición cultural. Unamuno fue muy consciente de este aspecto y por eso adaptaba su teoría para facilitar la entrada de catalanes y vascos al club castellano. Los portugueses, ya lo hemos visto, eran socios honoríficos porque, aunque tenían su propia lengua, pensaban como los castellanos. Unamuno insistía en que el castellano era un idioma lo suficientemente flexible para permitir la expresión de múltiples culturas. Los catalanes podrían manifestar su catalanismo en su propia versión del castellano, y los vascos su vasquismo en la suya. Unamuno iba incluso más allá, y argüía que esto era no sólo una po-

³³ He tratado este tema en «La tradición hermenéutica en la narrativa unamuniana», Ana Chaguaceda Toledano (Ed.), *Miguel de Unamuno. Estudios sobre su obra IV* (Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, en prensa).

³⁴ «Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes», p. 329.

sibilidad sino un deber: «El deber de Cataluña para con España es tratar de catalanizarla, y el deber para con España de parte de Vasconia es tratar de vasconizarla»³⁵. Desesperanzado ante la falta de visión y liderazgo de los gobiernos de Madrid, Unamuno apeló a las regiones para que sacaran a España de su marasmo. Lo que Unamuno temía no era el pluralismo cultural, sino el separatismo. Si los vascos están mejor dotados para gobernar que los castellanos, dijo, deben alzarse con el gobierno de España, no buscar la secesión. El bizkaitarrismo, mantenía Unamuno, era en último término una cobardía, porque equivalía a una retirada, actitud por cierto acorde con su actitud hacia el catolicismo, religión que no dejó de criticar pero de la que jamás se dio de baja. Sobre el catalanismo dijo algo parecido: «lo mezquino del catalanismo es que dice «hemos de salvarnos, con España si lo quiere, y si no sin ella». Hay que decir: «hemos de salvar a España, quiéralo o no»»³⁶. Y de los vascos dijo también: «Si, como yo creo, el pueblo vasco es en España el pueblo más capacitado hoy para la íntima vida de la cultura espiritual, no gozará de ésta mientras no trate de adquirirla, esforzándose por imponérsela a los demás pueblos»³⁷.

Para Unamuno, pues, el perenne problema español de cómo reconciliar centro y periferia habría de resolverse mediante la periferia haciéndose dueña del centro, y no viceversa. Pero al mismo tiempo tenía muy claro que este acto de posesión conllevaba el reconocimiento de que la lengua de la cultura en común sólo podía ser el castellano. Ahora bien, Unamuno no dejaba las cosas aquí: su castellanismo lingüístico corría parejas con un pluralismo cultural. Todo habitante de la península, declaró, tenía la responsabilidad de adquirir un conocimiento suficiente de las otras lenguas neolatinas, y esto evidentemente iba dirigido mucho más a los castellanos que a los no castellanos. Unamuno, que leía catorce idiomas, sabía que esperar que los castellanos llegasen a hablar una lengua que no habían oído de pequeños era muy poco realista. Pero esto no los eximía de adquirir un buen conocimiento de la cultura escrita de los otros pueblos ibéricos: «Es un deber hoy de todo español culto llegar a leer catalán y portugués sin que se los traduzcan»³⁸. Los vascos y catalanes de hoy que acusan a Unamuno de desleal y chaquetero y de abogar por la hegemonía castellana olvidan o ignoran la verdadera base de su llamada a la solidaridad ibérica. Podemos no estar de acuerdo con sus teorías, pero no me parece correcto cuestionar la honradez de su visión. Unamuno se construyó una Iberia con pluralidad de culturas, cada una tan válida como las demás. Pero la lengua de Castilla, que él siempre relacionó con la empresa idealista de Don Quijote, es lo que había dado no sólo a Iberia sino al mundo hispánico entero su identidad universal. En esta visión unamuniana, el portugués representaba una versión más vibrante, más viva de una cultura castellana que yacía osificada y exigía una transfusión. Desde su refugio castellano Unamuno miraba hacia la periferia, hacia su propia región y las demás, en busca de esa anhelada revitalización. Europa no salvaría a España; sus propias culturas ibéricas sí que podrían hacerlo.

³⁵ «La crisis actual del patriotismo español», *Ensayos*, I, pp. 745-762 (p. 761).

³⁶ Carta a Timoteo Orbe fechada el 8 de octubre de 1901, reproducida en *Miguel de Unamuno. Epistolario inédito*, edición de Laureano Robles, 2 vols. (Madrid: Austral, 1991), I, p. 99.

³⁷ «La crisis actual del patriotismo español», *Ensayos*, I, pp. 745-762 (pp. 755-756).

³⁸ «Lo que puede aprender Castilla de los poetas catalanes», p. 328.

